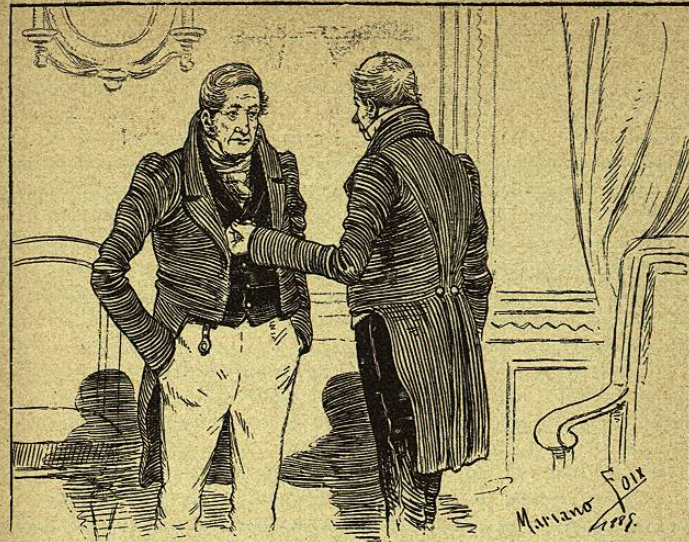


palabra acerca de la persona que acababa de llamar á la puerta. Tal vez estaba enojado por la molestia que le causara el visitante inoportuno, pues al ver que su esposa seguía con la cabeza oculta en el delantal, lanzóse contra ella, y cogiéndole la punta de la nariz entre el pulgar y el índice se la retorció.

Flora, que deseaba estar todo el tiempo posible con Arturo, no le dejó hasta haber visitado el cuarto que habitaba en otra época. Clennam pensaba en todo menos en inspeccionar las salas por donde pasaba; pero observó, sin embargo, como pudo recordarlo más tarde, que la atmósfera era allí pesada; que las huellas de todos quedaban impresas en la capa de polvo que cubría el pavimento de los pisos superiores; y que se halló tanta resistencia al tratar de abrir una puerta, que Affery comenzó á gritar, temiendo se encontrase allí alguna persona. Cuando volvieron á la habitación de la parálitica, halláronla hablando en voz baja con el señor Casby, el cual, volviéndose hacia los que entraban, díjoles con voz melosa:

—¡Vamos, ya se ha visitado la casa... ya han visto la casa... muy bien, muy bien!

Por el tono y por la voz, el Patriarca parecía al pronunciar estas palabras un modelo de bondad, por más que sus frases fueran tan insulsas como su persona.



CAPITULO XXIV

La tarde de un largo día

El ilustre señor Merdle, ornato y gloria de su país, proseguía su brillante carrera; empezábase á reconocer por todas partes que un hombre que había prestado á la sociedad el servicio de ganarla una fortuna inmensa, merecía toda clase de consideraciones. Por eso se hablaba ya de concederle cierta baronía, y hasta la dignidad de Par, en concepto de algunos. Circulaba el rumor de que la dorada mano del señor Merdle había rechazado el título de barón, declarando formalmente que era muy poca cosa para un hombre como él.

«No, milord, había dicho á lord Decimus, seguiré siendo simplemente Merdle, ó me nombrará usted Par del reino.»

Habían transcurrido ya insensiblemente tres meses desde que los hermanos Dórrit fueron sepultados en la misma tumba en el cementerio de los extranjeros en Roma.

Los esposos Sparkler se hallaban instalados en una casa muy bonita, verdadera obra maestra de incomodidad, que

conservaba todo el día el olor de la sopa y de los guisos de la víspera; pero cuyos alquileres eran exorbitantes, como conviene á un local situado en el centro del mundo habitable. Aquí era donde la señora Sparkler comenzaba á rivalizar con la señora Merdle, cuando la llegada del correo, portador de la triste noticia, interrumpió las hostilidades en su principio. La señora Sparkler, que en el fondo era buena, tuvo un violento paroxismo de dolor que había durado doce horas; y después se ocupó sólo de su ropa de luto. Algún diario anunció que el acontecimiento había sumido en el dolor á más de una distinguida familia.

Un domingo por la tarde, los esposos Sparkler, después de haber comido, hallábanse, pues, entregados á su dolor; hacía un calor sofocante, más opresivo en el interior de la casa, porque siempre estaba todo cerrado; así es que Fanny se había sentado en una poltrona junto á la ventana, mientras su marido estaba al balcón, mirando la gente. Fanny mudó de sitio dos ó tres veces, como si no estuviera bien en ninguna parte, y al fin dijo con mal humor:

—Tanto valdría estar en el fondo de un pozo como aquí; vamos, Edmundo, ¿no tienes nada que decir?

El esposo hubiera podido contestar que no tenía nada que decir, pero ni siquiera se le ocurrió tal respuesta, y limitóse á dejar el balcón para sentarse junto á su señora.

—¡Dios mío!—exclamó Fanny con impaciencia,—parece que te estás llenando la nariz de reseda. ¡Acaba de una vez!

El señor Sparkler, en efecto, aspiraba con ansia el perfume de un ramito de reseda; mas al oír estas palabras, arrojóse por el balcón, sonriendo, y repuso:

—Te pido mil perdones, querida mía.

—Ya me estás dando jaqueca con estar tanto tiempo de pie; con esta media luz pareces enormemente grueso y me atacas los nervios. ¿Te sentarás al fin?

—Ciertamente, querida Fanny—contestó Sparkler, tomando una silla sin cambiar de sitio.

—Si no supiera que ha pasado ya el día más largo del año—dijo Fanny bostezando,—creería que estamos en él... ninguno me ha parecido tan interminable.

—¿No es tu abanico este, amor mío?—preguntó Sparkler, recogiendo el objeto que estaba en el suelo y presentándole á su señora.

—Edmundo—replicó Fanny, con más impaciencia que nun-

ca,—no me hagas esas preguntas tan tontas. ¿De quién quieres que sea?

—Ya sabía yo que era tuyo.

—¿Pues entonces á qué me lo preguntas? ¡Vamos, repito que jamás me ha parecido el día tan interminable!

Después de una pausa Fanny se levantó, dió dos vueltas por la sala, y volvió á sentarse en el mismo sitio.

—Amiga mía—dijo Sparkler iluminado por una inspiración original,—me parece que estás mal de los nervios.

—¡Vamos! Edmundo, ¿acabarás con tus necedades?

—Adorada Fanny, si probases tu vinagre aromático... mi madre usa con frecuencia este remedio; y ya sabes que ella es endiabladamente hermosa, y no del todo...

—¡Misericordia!—exclamó Fanny levantándose de un salto;—desde la creación del mundo no ha iluminado el sol un día tan largo como este.

Fanny volvió á dar dos ó tres vueltas por el salón; asomóse á tres ventanas distintas para mirar la calle, y después dejóse caer sobre los cojines del sofá.

—Ahora, Edmundo—dijo,—ven aquí y acércate lo bastante para que pueda tocarte con el abanico, á fin de que te fijes más en mis palabras.

El joven esposo obedeció humildemente.

—Ahora—continuó Fanny,—comenzaré por decirte que es preciso no seguir viviendo más tiempo solos; debemos adoptar medidas para que yo no me vea expuesta á caer en esta horrible postración.

—Querida mía, una mujer tan notablemente hermosa como tú no debe...

—¡Misericordia!—exclamó Fanny,—ya volvemos á las andadas.

—Quería decir, adorada mía—añadió Sparkler,—que todo el mundo sabe que has nacido para brillar en sociedad.

—¡Brillar en sociedad!—repitió Fanny con aire de mal humor.—¡Cómo es posible! Apenas repuesta del golpe que he recibido por la muerte de mi querido padre; y cuando al fin podría brillar un poco para satisfacer mis aspiraciones, encuéntrome en una situación que me impide hasta cierto punto presentarme en sociedad. ¡Esto es insufrible!

—Amor mío, no veo por qué no podrías presentarte.

—Edmundo, hoy no haces más que decir disparates—replicó Fanny con indignación.—¿Crees tú que una mujer como yo, en la flor de su edad y no sin algunos encantos, pueda

competir, hallándose en mi caso (al decir esto miró su cintura, que indicaba su estado interesante,) con las que quieren rivalizar conmigo? En fin, por desagradable que esto sea, habrá que resignarse.

—Tanto más—observó Edmundo,—cuanto que esto era de esperar.

—¡Buena!—repuso Fanny;—ahora venimos á los insultos; si no tienes otra cosa mejor que decir á la que te ha honrado concediéndote su mano, más vale que te vayas á la cama.

El señor Sparkler rogó á su esposa que le dispensara.

—Ahora, Edmundo—prosiguió Fanny tocando en el brazo á su esposo con el abanico,—quero advertirte que pienso adoptar medidas para que en lo sucesivo no estemos tanto tiempo solos; y que mientras las circunstancias me impidan presentarme en la sociedad, me arreglaré de un modo ú otro para que siempre haya aquí gente, pues no puedo ni quiero pasar otro día tan monótono como el de hoy.

El esposo aprobó este plan, añadiendo después de una pausa:

—Por otra parte, ya sabes que pronto llegará tu hermana...

—¡Pobre hermana mía!—interrumpió Fanny;—se hace apreciar por sus virtudes, ¡pero tiene un carácter tan pacífico y reservado...! hay que animarla.

—¡Justamente! Hay que animarla.

—¡Vamos, Edmundo! ¿cuándo te corregirás de esa costumbre de interrumpir á las personas para no decir nada? Pero volvamos á mi hermanita. ¡Cuánto habrá llorado á papá, ella que tanto le amaba! Aún habrá sufrido más que yo, porque ha estado con él hasta el último instante, mientras que yo, por desgracia, no he podido verle. La salud de la pobre Amy se habrá resentido también por lo mucho que ha tenido que velar durante la prolongada enfermedad de Eduardo... nos ocasiona grandes molestias, impidiéndonos arreglar los asuntos de nuestro pobre papá. Por fortuna, los papeles se hallan bien guardados en casa de los agentes á quienes los confió al hacer sus viajes á Londres, y podemos esperar á que Eduardo recobre fuerzas para encargarse del arreglo de nuestros asuntos.

—De todos modos, el caso es que Eduardo no podía tener mejor enfermedad—se atrevió á decir Sparkler.

—Por una gran casualidad estamos conformes ahora en lo que dices—repuso Fanny mirando á su marido de reojo, lo cual era buena señal, pues siempre parecía dirigir la palabra

á un mueble del salón cuando hablaba con él;—la pobre Amy podrá tener sus defectos, pero en cuanto á buena enfermera, no hay quien la aventaje. ¡Cuánto deseo tener á mi lado á esa pobre niña á quien tanto amo! Por lo que hace al arreglo de los asuntos del pobre papá, no tengo ningún interés directo, pues harto generoso fué conmigo cuando me casé y ya no puedo esperar gran cosa. Con tal que no haya en el testamento alguna cláusula valedera que nos obligue á dar algo á la señora General, por mi parte ya estoy contenta. ¡Pobre querido papá!

Al pronunciar estas últimas palabras, Fanny vertió algunas lágrimas, pero el recuerdo de la señora General bastó para serenarla, y enjugándose los ojos, añadió:

—Lo que más me prueba que Eduardo ha conservado su buen sentido á pesar de la enfermedad, es que al morir nuestro padre lo primero que hizo fué saldar la cuenta de la señora General y despedirla. Estoy dispuesta á perdonarle muchas cosas por la prisa que se dió en hacer lo que yo hubiera hecho con el mayor gusto.

Apenas había acabado Fanny de hablar, cuando sonó en la puerta de entrada un doble aldabonazo; pero por la manera de llamar, hubiérase dicho que el visitante temía hacer demasiado ruido ó llamar la atención.

—¡Hola!—exclamó la señora Sparkler,—¿quién puede ser? Tal vez hayan llegado Amy y Eduardo sin avisarnos antes. Mira por la ventana, Edmundo.

Sparkler se asomó, mas no pudo distinguir quién llamaba.

—Es un individuo solo—dijo,—pero no le reconozco... ¡Calla! diría que es el sombrero de mi padrastro.

Edmundo no se equivocaba, pues un momento después abrióse la puerta y se presentó el millonario.

—¡Luces!—gritó la señora Sparkler, rogando al señor Merdle que dispensase por recibirle á oscuras.

—¡Oh!—repuso el banquero,—ya veo bastante; he querido saludar á usted al paso, aunque tengo bastante ocupación.

El señor Merdle iba de toda gala, y Fanny le preguntó dónde había comido.

—En ninguna parte—contestó el capitalista.

—¿Pero ha comido usted?

—No... en rigor no he comido...—repuso el señor Merdle pasándose la mano por su frente amarilla, como si reflexionara para asegurarse de que era verdad lo que decía.

—¿Quiere usted que se le sirva alguna cosa?

—No, gracias, no tengo apetito; pensaba comer con la señora, pero como estaba de humor, la he dejado ir sola cuando íbamos á subir al coche, prefiriendo dar una vuelta.

—Tomará usted, si gusta, una taza de té ó café.

—No, gracias; he entrado en el club al pasar y he pedido una botella de vino.

Al decir esto, el señor Merdle se sentó en la butaca que Sparkler le ofrecía, puso el sombrero en una silla á su lado y clavó la vista en el suelo.

—He querido—dijo,—dar á ustedes las buenas noches.

—Se lo agradecemos tanto más—repuso Fanny,—cuanto que usted no es amigo de hacer visitas.

—No... seguramente que no, no me gusta mucho.

—Tiene usted demasiadas ocupaciones para esto; pero me permitiré observarle que para un hombre tan atareado, la pérdida del apetito es una cosa grave. ¡Cuidado con caer enfermo!

—¡Oh! ahora estoy muy bien—contestó el señor Merdle después de reflexionar un poco;—no necesito estar mejor.

Como el gran hombre permanecía silencioso, Fanny, creyendo que trataba de despedirse, le dijo:

—Precisamente hablaba del pobre papá cuando usted entró.

—¿De veras? ¡Curiosa coincidencia!

Fanny no veía la coincidencia, pero continuó la conversación.

—Sí—dijo,—recordaba á Edmundo que la enfermedad de mi hermano había retardado el arreglo de los negocios de papá.

—Sí, sí, ya lo comprendo.

—Pero no creo que esto pueda tener ninguna consecuencia—añadió Fanny.

—No—repitió el banquero después de examinar la cornisa del techo,—no creo que esto tenga consecuencia.

—Mi único deseo es que la señora General no reciba nada.

—No recibirá nada.

Fanny quedó muy contenta al oír esta contestación del gran capitalista, que mirando en el fondo de su sombrero como si creyese ver alguna cosa, pasóse la mano por el cabello y repitió, cual si quisiera confirmar sus palabras:

—¡Oh! de ningún modo... no recibirá nada.

Como este asunto parecía agotado ya, Fanny preguntó al millonario si pensaba ir á buscar á su señora antes de volver á casa.

—No—contestó el señor Merdle;—volveré por el mismo

camino, dejando á mi esposa en libertad de hacer lo que guste... no me necesita.

Siguióse una larga pausa, y al fin el señor Merdle dijo de pronto:

—Me parece que les hago perder el tiempo y por lo tanto me iré; sólo he subido á darles las buenas noches al paso.

—Muchas gracias.

—Vamos, me marcho—añadió el banquero levantándose.—¡Ah!... á propósito: ¿puede usted prestarme un cortaplumas?

—¡Vaya una petición rara! ¿No es singular que yo preste alguna cosa á un hombre de negocios como el señor Merdle?

—Es verdad; pero necesito un cortaplumas, y yo sé que ustedes tienen algunos en sus neceseres; ya se lo devolverán mañana.

—Edmundo—dijo Fanny,—abre esa caja que está sobre mi velador, y dale al señor Merdle el cortaplumas de mango de nácar. ¡Cuidado no rompas algo, porque eres muy torpe!

—Yo preferiría un mango más oscuro—observó el millonario.

—¿De concha?

—Sí; éste me gustaría más.

Edmundo abrió otro neceser, y entregó á su padrastro el cortaplumas pedido, mientras que la señora Sparkler le decía:

—Si lo mancha usted de tinta, queda dispensado de antemano.

—Prometo á usted no mancharlo.

El ilustre banquero presentó entonces á Fanny su mano, ó más bien la extremidad de la manga de su levita, y se despidió.

Cuando hubo salido, Fanny, persuadida siempre de que aquel era el día más largo que se pudiera conocer, y de que no había otra dama de sus cualidades que tratara con tantos idiotas, asomóse al balcón para respirar un poco; y á través de sus lágrimas de despecho, parecióle ver al señor Merdle remontar la calle saltando y dando vueltas como si estuviese poseído del diablo.